

los defensores de la generación espontánea y de la intervención divina sobre las especies, sentenciando que ante tales afirmaciones debía imponerse *la carga de la prueba* (“The Succession of Forest Trees”, 1860). «Más personas leyeron “La sucesión de los árboles del bosque” en vida de Thoreau que cualquier otra cosa que publicara» (p. 470).

Con este enfoque, Henry Thoreau desarrolló una filosofía fundada en la crítica de la cultura y la civilización, y dirigida hacia la construcción de ideas más sólidas sobre la realidad del mundo que habitamos. Esta idea queda radicalmente expuesta en «cómo las identidades personales y sociales dependen de hechos y acciones materiales» (p. 352), algo que el autor intentó expresar a través de *Walden*. Estas condiciones en

las que vivimos determinan nuestras posibilidades, así como los mejores ideales que podemos perseguir como civilización. He aquí el mayor aporte de Laura Walls en la dilucidación de la propuesta filosófica thoreauviana y su contexto histórico: el estudio empírico de la realidad actual tiene para Thoreau una importancia ineludible para la cultura, por encima de la obediencia a los ideales y a la tradición, y es una vía necesaria para desarrollar nuestras capacidades humanas, nuestra libertad y nuestra autonomía. Como escribió el autor en su diario, en 1851: «Obedece la ley que revela, y no la ley revelada».

Diego Clares
(Universidad de Murcia)

MARCOS, A. y PÉREZ MARCOS, M. (2018), *Meditación de la naturaleza humana*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 393 pp.

Alfredo Marcos y Moisés Pérez Marcos inician su meditación desde las raíces de la filosofía, teniendo como pensamiento de fondo la corriente aristotélica. La obra tiene cinco partes. En la *Primera parte*, el hilo conductor busca responder quiénes somos los seres humanos. Para ello, se lleva a cabo una revisión de las propuestas filosóficas en torno al concepto “naturaleza humana”.

La idea de naturaleza ha ido cambiando a lo largo de la historia de la filosofía. En la antigüedad las posiciones más aceptadas fueron la de “esencia” (Platón) y la de “animal racional y social” (Aristóteles), esta última asumida especialmente en el medievo (Alberto Magno, Tomás de Aquino). En la modernidad, primero el mecanicismo produce una ruptura respecto a la concepción clásica de naturaleza, se

busca la independencia humana de las leyes naturales (Locke, Condillac); finalmente se acaba negando la idea de naturaleza humana (Fichte, Marx). A mediados del siglo XX, la negación de la naturaleza es asumida desde el conductismo y los existencialismos filosófico-literarios, o convertida en historia (Ortega y Gasset). Hoy, en el siglo XXI, nuestra identidad se ha vuelto confusa y domina el naturalismo.

En el proceso de naturalización radical de la naturaleza humana (naturalismo), Hume deriva sus argumentos hacia el emotivismo y el irracionalismo, y sus tesis incidirán en Kant, Darwin y especialmente Nietzsche. Frente a ellos, autores como N. Rescher y Th. Nagel se plantean hoy los límites del naturalismo y advierten que éste se halla en crisis (p. 17). En este contexto, Marcos y Pérez se cuestionan “si una

naturaleza humana naturalizada hasta el extremo es al mismo tiempo una naturaleza humana disponible, apta para su transformación técnica y presunta mejora” (p. 16). La “voluntad de poder” abre la posibilidad de transitar hacia el superhombre en una nueva época posmoderna. Puesta en duda la idea de naturaleza humana y desarrollada la genética del siglo XX, la idea de “mejora” revolotea en el ambiente. Pero, ¿quiénes recibirían esa “mejora”? ¿en qué consistiría?, ¿cuáles son los valores y criterios para llevarlas a cabo?

Ordinariamente, las formas de mejoramiento humano se han sustentado en la terapia, los fármacos y la medicina en general, pero el punto de ruptura al que se está llegando en el siglo XXI consiste en sobrepasar los límites ordinarios del ser humano con ayuda de las tecnociencias (*NanoBioInfoCogni*). Se trata de alterar y quebrar los posibles límites psico-físicos mediante dispositivos e intervenciones tecnológicas. Pero se advierte un riesgo real debido a la “carrera” tecno-científico-empresarial que no se detiene a considerar las posibles consecuencias. No sólo en lo personal y social, sino también medioambiental. De hecho, el paso más audaz que se plantean los autores es la total “artificialización” de la génesis humana (p. 33) alentada por la propuesta transhumanista (*Human Enhancement*). Esta idea del “superhombre” nietzscheano –ínsita en el pensamiento transhumanista– es rechazada por MacIntyre cuando recuerda que, lejos de ser un superhombre y “precisamente debido a su componente animal, el ser humano resulta un ser por naturaleza vulnerable y dependiente” (p. 71).

La relación hombre-animal –que antes era muy clara– resulta ahora borrosa para algunos filósofos y científicos. Surgen al menos dos visiones, la nueva perspectiva

de la filosofía moral de MacIntyre que dice: “nadie es menos valioso, menos digno ni menos humano por su situación de dependencia” (p. 71). Y la de Singer que, “partiendo también de la proximidad entre el ser humano y el resto de los animales, concluye en contra de los humanos más débiles, hasta justificar incluso algunas formas de infanticidio” (p. 71).

En la *Segunda parte* de la obra se analizan los ámbitos medioambiental y del hogar bajo el concepto “entorno” que incluye tanto la biocenosis como el biotopo. Tras aclarar conceptos como “sostenibilidad” o “desarrollo sostenible”, los autores se replantean los dos principales paradigmas ecológicos: antropocentrismo y biocentrismo, a fin de ofrecer una “visión humanizada y humanizadora de la sostenibilidad” (p. 95). Una de las críticas que recogen se refiere al *desarrollo sostenible* planteado en términos de “necesidades futuras”. Consideran impreciso este término porque el “futuro” hace referencia a un tiempo infinito y, por otro lado, porque en él prima mucho lo económico. Amartya Sen propone algo diferente cuando habla de *desarrollo humano* bajo la máxima “el dinero no da la felicidad”. Su idea centraría este desarrollo en fomentar las capacidades y la libertad humana (Índice de Desarrollo Humano) involucrando también a organismos internacionales como el PNUD.

Del “macro” entorno, pasamos al “micro” entorno. El hombre tiene un sitio más familiar e íntimo donde habitar: su hogar. En el “hogar” se valora lo que “funciona bien” y lo que “podría ir mejor”, para cumplir la máxima de Píndaro “llega a ser el que eres”. Heidegger se refiere a algunos temas relacionados con el hogar cuando habla del cuidado (*Sorge, Schonen*), del lugar/espacio, y del tiempo, sintetizando la conexión vida-espacio: “el hecho de que

exista un ser vivo genera y estructura espacios, y cada ser vivo lo hace a su modo”(p. 141). También Julián Marías se suma a esta reflexión desde la estructura temporal del “habitar en la casa” acentuando la sensación de permanencia, de que es para “siempre” aunque solo more “por ahora”; y también, cuando no se está en la casa, “es el lugar al que uno vuelve o piensa que va a volver o quiere volver o siempre está volviendo”(p. 145). En los textos de Antropología Filosófica, la reflexión sobre el hogar no suele ser frecuente; sin embargo, forma parte constitutiva de nuestro habitar, por eso me parece un acierto incluir este tema en la obra, ofrece un umbral para adentrarse en las relaciones familiares y en la intimidad.

El debate actual acerca de nuestra relación con los animales ocupa la *Tercera parte* del libro. Se analiza la contraposición naturaleza animal y naturaleza humana. Se centran en el movimiento político denominado Proyecto Gran Simio (PGS) que presenta argumentos tan controvertidos como el de Singer: “El principio ético que fundamenta la igualdad entre los humanos exige que también extendamos la igualdad a los animales”(p. 203). Marcos y Pérez estudian en qué consisten sus bases filosóficas y sus objetivos políticos y jurídicos. Encuentran algunos dilemas sobre el “especismo” y el “antiespecismo” (p. 201 y ss.) que restan coherencia al PGS, junto con otras consecuencias negativas en el plano político-jurídico, por ejemplo el caso de los discapacitados (p. 208 y ss.). Al final, los autores dejan claro que también “existen alternativas posibles al utilitarismo hedonista en el terreno del pensamiento moral” (p. 223). Hallan en este proyecto un aspecto positivo importante que consiste en el reconocimiento del valor de los vivientes y el rechazo del sufrimiento. En el análisis del

especismo intervienen P. Singer, H. Jonas, T. Regan, A. Cortina, entre otros. Marcos y Pérez sugieren que para referirse a los seres humanos en su conjunto “es preferible utilizar una expresión con claras connotaciones morales y referencia a entidades concretas, como ‘familia humana’, tal como hace la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* (1948) en su preámbulo”(p. 249).

Esta obra no podía eludir el tema de las antropotecnias (*Cuarta parte*). Lo primero que queda claro es que la técnica ha mediado tanto en el proceso de hominización como el de humanización. Y no sólo en el aspecto individual del ser humano, también en el social. Por ejemplo, los sistemas de comunicación: desde los sistemas lingüísticos primitivos hasta la tecnología inalámbrica.

La historia del impacto social de la técnica tiene un especial punto de inflexión. “Se trata del momento en que la técnica entró primero en colaboración, y después en simbiosis, con la ciencia. Se trata (...) del nacimiento de la tecnología y de su desarrollo hasta transformarse en tecnociencia” (pp. 257). El punto más relevante de convergencia de lo técnico en el ser humano lo constituyen hoy día las propuestas de mejora humana (*human enhancement*, transhumanismo) donde se plantea sobrepasar los límites naturales del ser humano mediante las tecnologías emergentes (ej. NBIC = *Nanotecnología, Biotecnología, Tecnologías de la Información y Ciencias Cognitivas*) con apoyos no solamente privados sino también gubernamentales.

Según los autores, los ejes tradicionales izquierda-derecha, conservadores-liberales, serán sustituidos por “precaucionistas-proaccionistas”, los primeros plantean el uso restringido o nulo de las antropotecnias y los otros buscan su implantación irres-

tricta. Esto abriría un panorama de incertidumbre donde una mutación podría hacer irreconocible la vida humana: “¿qué es un ser humano y qué podría contar como una mejora del mismo?” (p. 261), ¿qué tipo de mutación distinguiría lo humano de lo no humano?...

La realidad humana y la utopía de la perfección se confrontan al analizar la antropotecnia. Para ello se esgrimen los argumentos de Sandel y Kierkegaard con el objeto de rescatar el aspecto “glorioso” de ser hombre y, según Marcel, de defender al hombre de sí mismo. Popper también advierte un aspecto oscuro del ser humano: “Somos inteligentes, quizá demasiado inteligentes, pero también somos perversos; y esta mezcla de inteligencia y perversidad es la raíz de nuestros inconvenientes” (p. 268). Por su parte, Heidegger propone una actitud de “aprobación” y “reprobación” al mundo técnico con una antigua palabra: “serenidad” para con las cosas (p. 272).

De todo esto surge un reclamo por la revalorización de la sabiduría práctica (*phronesis*) a través de un *ethos* que apoye una forma de vida en la que tengan importancia la razón y la experiencia. Por un lado, se advierte el peligro posible: “una antropotecnia que se aplicaría (...) al nivel biológico más básico, como puede ser la clonación humana, tendría indeseables efectos sobre las estructuras familiares y sociales, así como sobre la autopercepción e identidad de las personas” (p. 276). Por otro, hay una actitud que invita a promover todo tipo de antropotecnias humanizadoras, como terapias con prótesis robóticas o sensoriales que mejoren la vida humana haciéndola propiamente humana.

Al final de la Cuarta parte, se ofrece una síntesis de la metodología de la Ciencia donde prima la idea de “*actividad personal integral*” (p. 325) y no tanto la aplica-

ción ciega de técnicas y procedimientos. El capítulo X trata acerca de los límites de la ciencia, y los principales interlocutores son N. Rescher y H. Gadamer. En el capítulo XI, se describe la metodología científica. A mi modo de ver, el primero de estos capítulos arroja luz acerca de la finitud de la ciencia, en cambio el segundo, sobre el método científico, aunque tiene su importancia, desvía la atención de la “meditación” de fondo al tratar un aspecto muy técnico y específico.

Comparto que la ciencia es una actividad “personal integral”; pero hecho en falta una reflexión más detenida acerca de la labor científica interdisciplinaria y “como trabajo de equipo”, que es un reclamo de la Tecnociencia. En ella, por su complejidad, intervienen muchas más disciplinas; donde la investigación es una parte incluso “pequeña”, ante el despliegue de los *stakeholders* de ámbitos empresariales, políticos, militares, de marketing... que hacen del científico una pequeña parte dentro de un todo, donde incluso él mismo (o ellos mismos) tiene un espacio limitado de poder y actuación.

Finalmente, la *Quinta parte* de la obra se ofrece una ontología de la creatividad humana. La creatividad inventa modos de vivir transformando el medio ambiente y moldeando la forma humana de habitar, en tiempo y espacio, auto-modificándose y creando cultura. Dichas transformaciones pueden caer en la artificialización del propio ser humano al contar con tecnologías que podrían convertirlo en un artefacto de sí mismo (p. 331).

Hablar del “sentido” en nuestra época posmoderna constituye una dificultad ya que, dominados por el ambiente positivista, lo que predomina es el rechazo de la metafísica y el fomento de la cultura nihilista que anula las fuentes del sentido.

Para superar esta dificultad, los autores proponen una vuelta a la reflexión sobre la naturaleza humana teniendo en cuenta dos aspectos clave: 1) el posible conocimiento de lo individual concreto –soy *este* animal, pertenezco a *esta* familia, población, y soy *este* ser racional–; 2) pero también soy *esta* persona que unifica esos tres rasgos o diferencias de nuestra naturaleza concretadas en un tiempo y espacio concretos.

Ambas cuestiones deberían afrontarse desde la noción “diferencia”, por ser más adecuada en nuestra atmósfera posmoderna. La idea consiste en encontrar el modo de constituir una unidad biológico-social-espiritual que integre hombre y persona. La “diferencia” no solamente es física (la organización propia del objeto), sino también lógica (cuando se clasifica en especies) (pp. 380 y ss.). Un ejemplo de tres diferencias propias humanas son la vulnerabilidad, la dependencia y la autonomía (p. 393).

En nuestra condición hombre-persona, hay un sentido de la vida que debemos descubrir y construir: “es un sentido común, pues es concorde con la naturaleza humana (...) Es un sentido de la vida personal, pues se concreta en la irreplicable diferencia constitutiva. Es también cognoscible (...) pues responde ante el tribunal de la verdad práctica” (p. 392). Nuestra vida se distiende “en el entorno natural, entre la familia humana y en la esfera de lo espiritual. Todo ello nos da ya unas ciertas orientaciones de vida. Pero, al fin y al cabo, mi vida es una vida personal, que tiene que

realizarse también en función del individuo concreto que soy.” (p. 393)

La obra de Alfredo Marcos y Moisés Pérez Marcos hilvana distintos aspectos que no solamente componen al ser humano a partir de una naturaleza específica, sino que también establece relaciones con los factores externos que inciden en él –biotopo y biocenosis–. Subrayan características propias de la antropología como la necesidad que el ser humano tiene de inventar formas de habitar su hogar y el mundo. Además consideran la situación socio-cultural desde el punto de vista de la Tecnociencia que requiere sabiduría y prudencia para ser utilizada de forma controlada, y enfrentar el imperativo tecnológico: “todo aquello que técnicamente se puede hacer, se va hacer”.

Se agradece esta amplia monografía que remozca la meditación sobre el “sitio del hombre en el Cosmos” desde un punto de vista filosófico, es decir holístico, integrando todos los saberes y especialmente el científico-tecnológico. Su doble mirada del “microcosmos” y el “macrocosmos” ofrece un enfoque de original actualidad. En las últimas décadas, las nuevas investigaciones en Aristóteles –no sólo sobre su obra biológica– le han dado un gran protagonismo en la conversación con autores contemporáneos como Zubiri, Deleuze, Popper... En pleno siglo XXI, la presencia del Estagirita para tratar temas de candente actualidad es un ejemplo más de la *philosophia perennis*.

Miguel Acosta
(Universidad San Pablo-CEU,
CEU-Universities)